

LAS PRIMICIAS

La primavera, rebotando vida y amor, había llegado, convidando al hombre á gozar de su fragante exuberancia.

La sangre renovada con vivificante savia circula por las venas con más rapidez, y los sentidos avivados por el ejercicio á que la naturaleza los somete en esta época en que renace cuanto les rodea, están ávidos de gozar las infinitas delicias con que, por todas partes, les brinda la tierra.

¡La vista, allá por donde se extiende, sólo goce encuentra! ¡Los bellos panoramas que le ofrecen gigantescas y esmaltadas montañas, la gama encantadora de las flores, la tonalidad azul y rosada del firmamento, el fulgor de los astros, cuyo brillo parece más intenso á través de la atmósfera serena; todo, en fin, convida á nuestra vista á deleitarse y quedar extasiada!

El olfato llega á su grado máximo de delicias, con el perfumado ambiente que, cargado de esencias, le ofrece el aroma tonificante de los montes, la suave fragancia de las flores, el embriagador perfume del azahar, hermoso heraldo de la embriaguez del amor que siente la casta doncella que postrada ante las gradas del Divino Altar espera, coloreada por el rubor, recibir la bendición que ha de hacerlo puro y digno de llegar hasta Dios.

El oído no gozó jamás mayor armonía que la que le presta el mágico concierto que ofrece la Naturaleza, sublime instrumento que tiene todos los registros y cuyas notas de incomparable afinación llegan hasta el fondo del alma hirviendo dulcemente todas las fibras del sentimiento.

El tacto, suavizado por la caldeada brisa primaveral, se deleita con sus dulces y amorosas caricias.

El paladar despierta también en esta época, ávido de saborear los delicados frutos con que la tierra le brinda por doquiera.

Todo convida al hombre al placer, cuando la Naturaleza, al despertar llena de vida, le ofrece sus deleitosas primicias; prueba que por sí sola basta para demostrar, aún al más incrédulo, no sólo la existencia



Dibujos de JIMÉNEZ ARANDA.



de Dios, sino su infinita sabiduría y su inmenso amor al hombre para quien creó tanta maravilla.

¡Pero no sólo la Tierra es más que nunca encantadora cuando nos ofrece sus primicias! ¡que la criatura humana, en quien el Señor quiso esmerarse como en su obra predilecta, ofrece también en sus albores, todas las dulzuras, todos los perfumes, todas las luces, todos los cautivantes atractivos que hacen de la juventud, (hermosa primavera de la vida,) el Paraíso de nuestra existencia y la delicia de cuantos nos rodean en tan preciosa edad, cuyos incomparables goces sólo echa de menos el mortal cuando, pasada la esplendorosa ráfaga de vida con sus dorados tonos de dicha y de alegría, llegan, primero el triste otoño con sus tintas grises impregnadas de melancólicos recuerdos, y más tarde el frío invierno con su espantosa aridez y sus negruras que sólo muerte anuncian por doquier!

¡Pero si las primicias de la Tierra son seductoras y atractivas, y las de la criatura humana en su parte externa delirantemente bellas, ¡cuánto más no lo serán las del alma, sopló divino que nos hace dignos de llegar hasta Dios!

¡Ellas son la felicidad basada en el amor que en sus distintas fases condensa cuantas dichas alcanza á gozar la criatura, dichas que sólo puede ofrecer el alma en sus primicias cuando, exuberante de amor, que es toda la vida, en su hermosa primavera halla siempre dentro de ella misma los goces con que sueña, ya que cuanto materialmente la rodea es siempre estrecho y mezquino para llenar las inmensas perspectivas internas del alma, que, cual capullo, se abre para convertirse en lozana rosa y esparcir por doquiera su aroma y sus colores, que son la belleza y el amor que todo lo fecundan y ennoblecen!

¡Nada más adorable que las primicias de un alma, llenas siempre de candor, de sencillez, de dulzura y de amor!

¡Tras ellas corre ciego y delirante el hombre! y sólo se considera dichoso cuando se une á una mujer que se las entregó con la casta ingenuidad de las vírgenes de alma y cuerpo, pues sin la pureza de aquélla no ofreciera encantos la de éste.

¡Por eso la virgen que consagra á Dios las primicias de su alma, será seguramente la esposa del Señor; que si ya recibía con júbilo las pri-

micias de la Tierra, que le ofrecieron los primeros hombres, mucho más gratas habrán de serle las de nuestro espíritu.

Así, pues, declaramos que las primicias son los frutos codiciados, tanto en el orden físico como en el moral, porque sólo ellas satisfacen cumplidamente al cuerpo y al espíritu.

DOLORÉS GONZALO
MORÓN

NOTA LOCAL

En el antiguo colegio y Academia Superior de Labores que las profesoras doña Margarita Brils é hija, tienen establecidas en la plaza de Junqueras, se verificó, á fines del pasado Mayo, una exposición de labores ejecutadas por las mismas alumnas, que resultó verdaderamente notable.

Desde la simple puntilla á la prenda más complicada de confección, y de las humildes iniciales de señalar ropa hasta las caladas filigranas del bordado en blanco y los primores del bordado en colores, había en la referida exposición cuantas labores puede ejecutar una señorita.

Entre las muchas cosas que pudimos contemplar, recordamos unos almohadones de terciopelo, dos lindas sillas auxiliares, un reclinatorio de peluche y dos preciosos juegos de cama, todo ello bordado con maestría. También vimos unos lindos estores de seda, guarnecidos de encaje inglés, y otro, de seda también, montado sobre tul, de suma riqueza.

Felicitemos cordialmente á las citadas profesoras y re-



comendamos muy de veras su establecimiento educativo á las distinguidas suscriptoras del ALBUM SALÓN.

CANTARES

El águila con ser águila,
no me ganara en su vuelo,
si me elevase á la altura
que cruza mi pensamiento.

Aquella noche bebí
para decirte mi amor;
¡para llegar á olvidarlo
hoy beberemos los dos!

El cantar que más quería
entre amarguras nació,
y lo escribí con mi llanto
dentro de mi corazón.

Trajo pajillas y plumas
para formar aquel nido,
y al final voló su hembra
y quedó el nido vacío.

Voy aprendiendo á contar
por ver si cuento algún día
las penitas que me das.

Mira si tengo mal alma,
mira si soy mala sangre,
¡me gusta verte llorar
para luego consolarte.

Floreilla sin aroma,
avecilla sin cantares,
arroyuelo sin corriente,
¡eso es un hijo sin madre!

Voy á poner un altar
en el sitio en que te vi,
y una Virgen del Pilar
para rezarle por ti.

Quando voy al cementerio
tu voz me parece oír
y que repite á mi oído:
—¡No te separes de mí!

NARCISO DÍAZ
DE ESCOVAR

JOSÉ JIMÉNEZ ARANDA



ESTUDIO PARA UN TECHO

Salón Parés.



RETRATO DEL EMINENTE PINTOR IGNACIO PINAZO; PINTADO POR ÉL MISMO.

Museo Municipal de Barcelona.